

La neurosis obsesiva en *La invención de la soledad* de Paul Auster

Obsessive Neurosis in Paul Auster's *THE INVENTION OF SOLITUD*

Resumen

Se trata de un ensayo que analiza, desde una perspectiva psicoanalítica, al protagonista de la novela *La invención de la soledad* de Paul Auster. La muerte del padre y la incansable reconstrucción de esa imagen, es uno de los temas centrales de esta obra literaria y de la neurosis obsesiva. Se analizan algunos aspectos del discurso obsesivo como el estilo indirecto, continuo y desplazado.

Palabras clave: neurosis obsesiva, desplazamiento, Freud, imagen paterna

Abstract

This essay analyses, from a psychoanalytic view, the protagonist of Paul Auster's novel *The Invention of the Solitude*. The death of the father and the relentless reconstruction of his image is one of the central themes of this literary work and of the obsessive neurosis. Aspects of the obsessive discourse such as indirectness, continuity and displacement are analyzed.

Key words: obsessive neurosis, displacement, father, Freud

Fuentes Humanísticas > Año 30 > Número 57 > II Semestre > julio-diciembre 2018 > pp. 65-72.

Fecha de recepción 23/10/18 > Fecha de aceptación 06/12/18

alejandrawatty@gmail.com

* Sociedad Freudiana de la Ciudad de México, A.C.

*Uno tras otro le devuelvo al mar
los restos de las ruinas de mis naufragios.
Y me quedo en la orilla como un cangrejo
que no sabe ser pez ni arena
y, por buscar la dulce oscuridad cavando
en la arena,
termina por morir en el agua hirviendo.*

José Emilio Pacheco

La novela *La invención de la soledad* de Paul Auster evoca el duelo de un hombre por la pérdida de su padre. El protagonista, a partir de la muerte de su antecesor, emprende una búsqueda incansable para intentar construir-reconstruir algo de aquel hombre. En ese recorrido, se da un juego de identificaciones entre el padre y el hijo, que recuerda a un juego de espejos. En palabras de Auster “[...] Una imagen de los mellizos, un mundo donde todo es doble, donde la misma cosa sucede dos veces” (1982, p. 118). En esa búsqueda, el narrador simultáneamente trata de resolver sus propios enigmas. En ese recordar al padre muerto busca darse vida a sí mismo. En este sentido la constante referencia a Pinocho es fundamental. Pinocho necesita rescatar a Gepeto, su padre, para poder existir. En palabras del autor queda más claro: “¿Es verdad que uno debe sumergirse en las profundidades del mar y salvar a su padre para convertirse en un niño real?” (Auster, 1982, p. 113).

Esa fijación en la imagen paterna se desenvuelve en dos libros dentro de la misma novela. En el primero, titulado *Trato de un hombre invisible*, el protagonista habita la casa del padre muerto “metáfora de la vida del padre” (Auster, 1982, p. 17), para organizar sus recuerdos a partir de una serie de objetos como

fotos, corbatas, cartas, entre otros; sus esfuerzos intentan armar las piezas de un rompecabezas para encontrar algo que le sirva para sostener la imagen de aquel padre inasible e indescifrable; por ejemplo cuando encuentra una serie de fotos dice: “El descubrimiento de las fotografías fue importante para mí porque parecía reafirmar la presencia física de mi padre en el mundo [...]” (Auster, 1982, p. 24).” También dentro de los hallazgos, descifra un secreto familiar, este es que su abuelo paterno no murió por ninguna de las ficciones que le habían relatado, en realidad su abuelo fue asesinado por su abuela. Por otra parte, también encuentra la carta de una mujer en la que agradece al padre haberle ayudado, a ella y a su familia, en un momento económicamente difícil. El descubrimiento de esas historias desencadena una serie de nuevas formas de pensar al padre.

En el segundo, *El libro de la memoria*, con un estilo aparentemente impersonal y confuso, el narrador reflexiona sobre el padre, y profundiza sobre cuestiones tales como la soledad, la memoria, el olvido y la casualidad. Esto mediante el diálogo con diferentes personajes como Ana Frank, Van Gogh, Proust y Beckett, entre otros. Aunque lo central en los dos libros es la muerte del padre, en este segundo libro, el autor despliega todo lo que dicha pérdida desencadena en la vida del protagonista. Así, tienen sentido las palabras del narrador cuando dice: “[...] La historia comienza al final. Hablar o morir. Y mientras uno siga hablando no morirá. La historia comienza con la muerte [...]” (Auster, 1982, p. 217). En otras palabras, eso inédito que descubre tras la muerte del padre, tiene efectos importantes en él. Ahora, la imagen del padre desencade-

na nuevas representaciones que quedan desplazadas en diferentes relatos.

Al leer la novela, uno encuentra una constelación de elementos que permiten hacer un ejercicio clínico con el material literario, el cual será el propósito de este trabajo. Y sin soslayar que no puede ser equivalente a un caso verídico, da mucho que pensar sobre el tema de neurosis obsesiva. Para fundamentarlo, retomaré principalmente algunos apuntes teóricos del libro *Estructuras clínicas y psicoanálisis* de Joël Dor y algunos comentarios de Oscar Masotta y Octave Mannoni sobre el texto de Freud *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (*El Hombre de las ratas*).

Un aspecto característico del neurótico obsesivo, y que queda reflejado en todo el texto literario, es el estilo indirecto; lo que el protagonista, como el obsesivo, no sabe es que en esa forma de hablar en realidad está hablando de sí mismo. Así se lee cuando el narrador empieza relatando la historia haciendo una fascinante descripción del padre, pues al hablar del progenitor –que es un discurso en tercera persona–, en realidad está hablando de él mismo. De hecho, el protagonista lo admite con claridad casi al final de la novela, cuando dice que “Para encontrarse, primero necesita ausentarse, y por eso dice A [protagonista] cuando en realidad quisiera decir yo [...]” (Auster, 1982, p. 219). Asimismo, Mannoni comenta, haciendo referencia al caso por excelencia de neurosis obsesiva de Freud, *El hombre de las ratas*, que en estos pacientes “[hay la] existencia de un discurso inconsciente que el sujeto no reconoce como propio [...]” (2005, p. 4). En *El libro de la memoria*, este estilo queda mejor expuesto y eso hace la lectura confusa, el protagonista

que ahora queda nombrado solo con una vocal: “A”, relata una serie de historias donde aparentemente apenas está presente, pero en realidad todo el tiempo se trata del narrador.

Además del estilo indirecto, es preciso señalar las particularidades del espacio y tiempo. En el discurso del obsesivo el tiempo es continuo, sin cronología; tiene que ver con lo que Freud (2006) ya nos anunciaba sobre cómo opera el mecanismo de desplazamiento en el discurso obsesivo, en sus palabras:

[...] forma parte del carácter psicológico de la neurosis obsesiva el hacer el uso más extenso del mecanismo de desplazamiento. Así, la parálisis de la decisión se difunde poco a poco por todo el obrar de un ser humano [...] (p. 188).

Ese discurso obsesivo, plagado de desplazamientos, tan difícil de descifrar, recuerda al pensamiento onírico, donde prevalece el proceso primario. En la novela de Auster, basta con leer algunas descripciones ambientales para dar cuenta de ello, como cuando tenemos noticia de que los hechos ocurren durante el solsticio de invierno:

[...] la época más oscura del año [...] no hay una luz a la que aferrarse, ni la sensación del tiempo que se despliega, sino puertas que se cierran y cerrojos que se corren [...] Siente que se desliza por los hechos, revoloteando alrededor de su propia presencia como un fantasma [...] (Auster, 1982, p. 111).

O cuando el protagonista describe su sensación del tiempo

[...] sentía que las palabras describían hechos ocurridos muchos años antes. Aunque sabía que estaba en el presente, tenía la sensación de estar contemplándolos desde el futuro, y este presente-pasado le resultaba tan antiguo (Auster, 1982, p. 108).

Asimismo si uno se aventura a leer las notas originales del caso de *El Hombre de las ratas* en Freud, se requiere un esfuerzo importante para encontrar un hilo conductor, más parece un aglomerado de ideas sin un sentido aparente; característica que se relaciona con lo que se conoce como “falso enlace”. Para entender algo de lógica en ese discurso uno tiene que disponerse, como si se tratara de una asociación libre, “como un dialecto que debe ser traducido” (Mannoni, 2005, p. 88). En este sentido Freud en su escrito, *Sobre un caso de neurosis obsesiva* (2006 [1909]) —o *El hombre de las ratas*—, dice que:

Por dos particulares caminos se adquiere una noticia más precisa sobre las formaciones obsesivas [...], en primer lugar los sueños pueden brindar el genuino texto de un mandamiento obsesivo [...] En segundo lugar [...] en la indagación analítica de un historial clínico se adquiere el convencimiento de que a menudo varias representaciones obsesivas que se siguen unas a otras, pero cuyo texto no es idéntico, son en el fondo una y la misma [...] (p. 175).

A todo esto, en el discurso del protagonista de *La invención de la soledad*, ¿cuál es el texto de fondo?, ¿en qué insiste el discurso?, ¿qué se desplaza continuamente? El protagonista lo enuncia en repetidas

ocasiones, se resume en una frase: “la maldición del padre ausente” (Auster, 1982, p. 188). Frase con un significado profundo en la que hay que detenerse pues ahí se centra la angustia del narrador, es decir, mantener a ese padre vivo, porque aunque podría suponerse, no se trata de una cuestión melancólica, va más allá de eso. Se trata de uno de los rasgos fundamentales del neurótico obsesivo. Para entenderlo, conviene pensarlo en su contrario, en realidad tiene que ver con el deseo inconsciente de matar al padre para poder tener a la madre, prohibiciones fundamentales, y en ese sentido necesita saber que está vivo, para confirmar que él no lo ha matado. Hay que subrayar que esta dinámica es inconsciente e incide en el sentimiento de culpa y goce del obsesivo del cual se castiga. Misma condición que instala al sujeto en una ambivalencia amor-odio, que va a acompañar al obsesivo, casi de forma torturante, y que influye en la formación de múltiples síntomas, entre los principales el carácter dubitativo, la anulación y el aislamiento. Freud (2006) describe esta ambivalencia en *El hombre de las ratas*: “[...] cada vez que el impulso amoroso ha podido ejecutar algo en su desplazamiento a una acción íntima, pronto el hostil lo alcanza ahí y vuelve a cancelar su obrar” (p. 189).

Esa lucha con el objeto incestuoso es compleja, porque a diferencia de otras estructuras, la problemática del obsesivo, según Joël Dor (2004), tiene que ver con que “[...] el obsesivo a menudo se manifiesta como un sujeto que fue particularmente investido como objeto privilegiado [en su investidura fálica] del deseo materno [...]” (p. 130). Más adelante hablaré sobre la relación del obsesivo con su madre; sin embargo, hago mención del tema

para entender una tesis fundamental de Masotta (2005), quien al referirse a la neurosis obsesiva menciona que “[...] la función, que en este caso [*El hombre de las ratas*], el sujeto trata de reconstruir es, en primer lugar, la función del padre” (p. 9). ¿A qué se refiere esta función en la que la madre tiene un lugar central?, para aclararlo conviene recurrir a la definición de metáfora paterna del *Diccionario de Psicoanálisis* de Chemama y Vandermesch (2014):

En la relación intersubjetiva entre la madre y el niño, un imaginario se constituye; el niño repara en que la madre desea otra cosa (falo) más allá del objeto parcial (él) que representa; repara en su ausencia-presencia y repara finalmente en quien constituye la ley; pero es en la palabra de la madre donde se hace la atribución del responsable de la procreación, palabra que sólo puede ser el efecto de un puro significante, el nombre-del-padre, de un nombre que está en el lugar del significante fálico. (p. 425).

Esta función primordial del padre debe restituirse en el obsesivo, porque de lo contrario se hablaría de una estructura perversa o psicótica. Es decir, efectivamente el sujeto fue objeto privilegiado de la madre, y es por ello que el niño se instala imaginariamente en un dispositivo de suplencia (del padre) para la satisfacción del deseo materno (Dor, 1991, p. 131). Muy diferente a ser el objeto de deseo de la madre. Esto quiere decir que si hubo un orden que separó a la madre del hijo, un registro simbólico que aparece en el lenguaje de la progenitora, donde hace saber al niño que ella desea otra cosa más allá de él. Sin embargo, el sujeto mantiene la ilusión de que él es el objeto que va

a cubrir y completar al otro, a razón de no querer saber nada de su propio deseo. No soporta una mujer demandante, deseante, porque todo eso le recordaría que el otro es incompleto y él no es objeto fálico y lo más doloroso: que también él está incompleto.

Regresemos a la novela de Auster y pensemos en las descripciones que hace de su padre. ¿De qué padre está hablando? El narrador caracteriza a su progenitor, por una parte, con rasgos obsesivos: un ciego, hombre sin apetitos, hombre de rutina, hablaba en tercera persona, con aislamiento afectivo —“Soledad como forma de retirada, para no tener que enfrentarse a sí mismo” (Auster, 1982, p. 28)—, vivía en estado de desidia, personalidad inaccesible. Pero también hay una descripción de la imagen del padre como si no fuera un humano, en este sentido pareciera más un fantasma o alguien inmortal. Según lo relata Auster (1992) “[...] no parecía un hombre que ocupara un espacio, sino más bien un bloque impenetrable de espacio en forma de hombre” (p. 14). Como un ente que habitara en otra atmósfera con:

[...] inquieta y desarraigada existencia y esta falta de raíces lo convertía en un perpetuo forastero, un turista en su propia vida. Daba la impresión de que siempre estaba ilocalizable (Auster, 1982, p. 17).

También aparece como alguien onnipotente: “[...] su salud era tan buena que parecía invulnerable, libre de cualquiera de las molestias físicas que nos atacan a todos los demás. Como si nada pudiera alcanzarlo [...]” (Auster, 1982, p. 47).

Este conjunto de representaciones habla de diferentes padres. Aquí cabe retomar la distinción, que hace Joël Dor

(2004), entre el padre real, el padre imaginario y el padre simbólico:

El padre real es el padre en la realidad de su ser [...] nunca es aquel que interviene en el curso del complejo de Edipo. El que intercede es el *padre imaginario* [...] El padre nunca es captado o aprehendido por el niño de otro modo que bajo la forma de la imago paterna. [Y] la consistencia del *padre simbólico* [...] en la dialéctica edípica se especifica por el solo hecho de ser *puramente significativa* [...] interviene en el registro de la castración [...] (p. 36).

Entonces podemos decir que aunque aparentemente se habla de diferentes padres en realidad del que puede hablarse, el que queda narrado, es el padre imaginario. Subrayo dos aspectos de esa imagen, y que a su vez están relacionados: una fuerza de contradicción y la omnipresencia. Anteriormente había mencionado la ambivalencia como rasgo fundamental de la neurosis obsesiva, aquí podemos verla como contradicción, el protagonista lo dice de la siguiente manera:

[...] Ahora comprendo que cada hecho es invalidado por el siguiente, que cada idea engendra una idea equivalente y opuesta [...] A veces tengo la sensación de que estoy escribiendo sobre dos o tres personas diferentes, distintas entre sí, cada una en contradicción con las otras [...] (Auster, 1982, p. 91).

Esas ideas que ponen en duda al sujeto, en realidad es porque la fuerza del amor hacia el padre es tan intensa como la fuerza del odio y por eso una representación anula a la otra.

También esa contradicción va de la mano con la cuestión de la omnipresencia del padre. Para explicarlo conviene recurrir nuevamente a Dor (2004), lo cito:

Como la imago paterna es omnipresente, solo puede llamar a la rivalidad y a la competencia, tan del gusto de los obsesivos. Tales sujetos no dejan de desplegar una actividad incesante para reemplazar al padre (y a toda figura capaz de representarlo). De ahí la necesidad imperativa de “matarlo” para ocupar su lugar ante la madre (p. 141).

El problema es que “la ley del padre permanece omnipresente en el horizonte del deseo obsesivo” (Dor, 2004, p. 141), lo cual significa un fracaso en la rivalidad con el padre, mismo que despierta las fantasías más sádicas y agresivas del sujeto hasta desear desaparecer, o dar muerte al padre. Esta idea se complementa con lo que hace un momento referíamos hacia la función del padre. En realidad la contradicción está en que quiere deshacerse del padre para tener ese lugar privilegiado con la madre, pero por otro lado, quiere mantenerlo presente y vivo para no transgredir sus anhelos prohibidos –incesto y parricidio–. Por eso cuando realmente ocurre, cuando el padre fallece, se despierta el conflicto, pues ahora el sujeto se tiene que enfrentar con su deseo. También Masotta (2005) lo afirma cuando comenta el caso de *El Hombre de las ratas*, que podemos hacer equivalente en la novela de Auster:

[...] lo que el paciente no sabe no es solamente que ha deseado la muerte de su padre [...], sino lo que él mismo dice con sus propias palabras, que esa muerte es el

momento fecundo de la constitución de sí mismo como sujeto deseante [...] (p. 18).

Situación que complica la existencia del obsesivo que no quiere saber nada de su deseo.

Así esa fórmula “la maldición del padre ausente” se puede ir despejando. Aunque lo prohibido es la madre, queda fijado en la imagen paterna; fijación edípica homosexual. Eso explica la búsqueda incesante del amor del padre. El narrador lo expresa cuando dice: “[...] Uno no deja de ansiar el amor de su padre, ni siquiera cuando es adulto” (Auster, 1982, p. 31); “[...] buscaba a mi padre desde el comienzo, buscaba con ansiedad a alguien que se pareciera a él [...]” (1982, p. 34). Aquí aparece nuevamente una contradicción porque aunque busca matar al padre, también lo necesita vivo y presente para poner distancia con la madre. En el libro, el protagonista habla poco de su progenitora pero lo poco que dice es muy significativo: “[...] Yo era el niño de mamá y vivía en su órbita. Era como una pequeña luna que giraba alrededor de su gigantesco orbe [...]” (1982, p. 33). Esta frase deja claro cómo esa madre poco mencionada tiene un papel importantísimo en el obsesivo. En psicoanálisis se sabe que de lo que menos habla el paciente es donde mayor conflicto hay, esa mujer poco hablada en el obsesivo ocupa un lugar privilegiado en su mundo interno. Aunque no hay mucha información de la madre podemos formular unas hipótesis a partir de la teoría. Por ejemplo, Oscar Masotta (2005) dice:

[...] Estas madres parecen haber sido muy decepcionadas por sus maridos; se trata a menudo de mujeres frías, hecho que

con frecuencia comunican a sus hijos, muchas veces incluso cuando éstos se hallan en la temprana adolescencia (p. 13).

Por su parte Joël Dor (2004), considera que:

[hay una] investidura psíquica precoz y preponderante que consiste en constituirse como objeto ante el cual la madre supuestamente encuentra lo que no logra encontrar con el padre [...] (p. 133).

Esto, como lo habíamos mencionado anteriormente, resulta en que el niño exista como una especie de prótesis del deseo insatisfecho de la madre, soslayando su propio deseo. Esto funciona en su dinámica estructural porque mientras él haga las veces de ser el falo de la madre –de tener la ilusión de completar a la madre–, él no va a tener que pensar en su propia falta –ser sujeto incompleto–. La mujer así no demanda nada y mantiene la ilusión imaginaria de que su hijo la completa, esa es la razón por la que en la edad adulta para mantener ese engaño, o no tener que pensar en esa castración busca a mujeres no deseantes ni deseables. De lo contrario, una mujer deseante y deseable evocaría que algo le falta y que él no lo puede colmar. Así, como dice Dor (2004) “[...] el niño permanece prisionero del deseo insatisfecho de la madre [...]” (p. 138).

En la narración del protagonista, no podemos soslayar la trascendencia histórica de la abuela materna. Mujer que asesina al padre, abuelo del protagonista, y que a su vez describe como “fuerte, rebelde, la jefa”. En otras palabras, qué hombre puede permanecer vivo frente a esa mujer, en lo real y en lo simbólico. Asimismo pienso la referencia a Pinocho

también como metáfora materna, esto si pensamos que la ballena representa a la madre, lugar en el que ambos, padre e hijo, quedan atrapados, especie de prisión de donde tienen que salir para poder vivir.

En conclusión, la novela de Auster ilustra adecuadamente un caso de neurosis obsesiva sobre todo en términos de diagnóstico estructural. La fijación paterna caracterizada por la ambivalencia amor-odio como efecto de una situación edípica compleja, se extiende en toda la vida del sujeto. Trama en la que fue objeto de deseo privilegiado de la madre simultáneo a la existencia de un tercero, de una Ley. Esta dinámica resulta en que el sujeto viva dudando de sí mismo, aboliendo su subjetividad, casi inexistente. Así se puede leer en los dos libros de *La Invención de la soledad*, que la vida subjetiva del hijo inicia con la muerte del padre. El reconocer a ese padre, juego de identificaciones, desencadena una serie de representaciones que aparentemente no tienen un sentido, más parece un aglomerado de relatos, ideas, un complejo de síntomas, igual que cuando uno ve un paciente obsesivo en la consulta. Pero, poco a poco, el sujeto va llevando sus relatos hasta poder preguntarse por su lugar en el mundo. Solo entonces, empieza a cambiar su posición subjetiva, su estilo, su forma de pensar al otro, de pensarse.

Bibliografía

- Auster, P. (1982). *La invención de la soledad*. México: Editorial Planeta, 2014.
- Chemama, R. y Bernard, V. (2014). *Diccionario de psicoanálisis*. Trad. Teodoro Pablo Lecman e Irene Agoff. 2ª edición. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dor, J. (2004). *Estructuras clínicas y psicoanálisis (1991)*. 2ª edición. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2006). A propósito de un caso sobre neurosis obsesiva (1909). *Obras Completas*, Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mannoni, O. (2005). El "Hombre de las ratas". Oscar Masotta y Jorge Jinkis. *El hombre de las ratas. Los casos de Sigmund Freud*. 1ª edición. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Masotta, O. (2005). Oscar Masotta y Jorge Jinkis. *El hombre de las ratas. Los casos de Sigmund Freud*. 1ª edición. Buenos Aires: Nueva Visión.